



Toda América en Sínodo

José M.^a Arnaiz, SM*

«**C**UANDO Dios hizo el Edén pensó en América». Eso nos dice la canción. Cuando el Papa *pensó y convocó* un Sínodo de América, ¿en qué América soñó?

I. El proyecto de Sínodo para América

POR supuesto que el Papa pensó en un grupo de unos 490 millones de católicos que habitan este Continente que nació a la fe cristiana hace cinco siglos; un grupo que está creciendo y que al mismo tiempo está enriqueciendo la Iglesia con nuevas y originales expresiones «americanas» en el modo de vivir esa fe. Pensó en el Continente formado por 27 países de muy distintos relieves y tamaño; en América se encuentra USA que tiene el mayor poder político y económico del mundo y,

* Vicario general de la Compañía de María. Roma.

que está llamada a ponerlo al servicio de la paz y del desarrollo solidario, y en América está Haití (1), que cuenta poco en la escena mundial; prácticamente está excluido de ella. Pensó en pobreza y en violencia, en conversión y en solidaridad, en Toronto y en Quito, en los quechuas y en los habitantes de la Quinta Avenida de New York, en el Norte, el Centro y el Sur, en el neoliberalismo y en sus víctimas; en el CELAM y en la CLAR, en NCCB, LCWR y CMSM y en la CBC y la CRC; en unos hombres y mujeres que hablan castellano y portugués, en otros que se expresan en inglés y francés y en los que se comunican en aimara, mam, embera...; en unos latinoamericanos que un día emigraron buscando cómo sobrevivir en USA o Canadá y allí viven y en unos norteamericanos que por intereses económicos, vocación misionera o por la solidaridad propia de un voluntariado se establecieron en Perú o en México y allí trabajan. Pensó en las diferentes raíces y procedencias, en los distintos colores de la piel y en las diversas culturas; en los pueblos indígenas, los pobladores que llegaron de otras partes, en los afroamericanos, los mestizos y los hombres y mujeres del futuro. Pensó en América y en las Américas, en lo igual y en lo diferente, en lo común a todos y en lo propio de cada uno. Soñó con este pulmón ecológico y espiritual de la humanidad. *Pensó en una reflexión y en una acción panamericana; en un nuevo impulso misionero que además de más intenso y más centrado en Jesucristo llegue a ser más interamericano; en un encuentro renovado con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América y así se haga más cristiano.* (Tema oficial del Sínodo).

Pero además de todo esto, el Papa se acordó de que este Sínodo se ha ido preparando con el correr de los siglos y sobre todo de las últimas décadas del actual. Hay una historia de desconocimiento y de distanciamiento entre la Iglesia de América del Norte, Centro y Sur pero hay también una historia de acercamiento y de interacción que hay que saber poner de relieve para poder escribir las nuevas páginas de los años que vienen. *Es una historia de vida cristiana, en parte compartida por Iglesias hermanas; es ya una historia común de envío y de acogida de personas, de dar y de recibir recursos económicos.* No hay ninguna duda que la vida y la acción de grupos comprometidos con la fe y la justicia en Norteamérica en los últimos años tienen que ver con los misioneros que un día partieron a América Latina y allí trabajaron y a veces dieron su vida y otras regresaron a su país de origen y continuaron su inspiración profética

(1) En el último informe de la ONU sobre desarrollo humano en el que se tiene en cuenta el nivel de salud, educación, esperanza de vida los dos países de América del Norte –Canadá y USA– ocupan los dos primeros lugares y Haití el 145 puesto.

en la Iglesia de USA. Este Sínodo se ha ido preparando cuando las Iglesias y los pueblos se han juntado en Conferencias (Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo) y se ha creado el CELAM, CICOP («Inter-american Cooperation Program») y surgía la OEA o se organizaban las Asambleas Interamericanas de Religiosos en Bogotá, Montreal, Santiago, Baltimore, Santo Domingo, se publicaban documentos como «Economic Justice for all» (NCCB) o «Les coûts humains du chômage» (CBC)... Cuando se reforzaba el movimiento misionero hacia América Latina de sacerdotes y religiosos de USA y Canadá en los años 60 y cuando este movimiento se hacía más laical y tomaba la otra dirección y laicos y sacerdotes de América Latina o del Caribe se convertían en agentes pastorales de las Iglesias de América del Norte; así se unían estos pueblos cuando pedían ayuda o la daban, cuando la recibían y la devolvían. El Papa se acordó del deseo que él mismo había expresado en Santo Domingo: conseguir «una mayor unidad entre los pueblos que forman este gran Continente de América» (DSD 17). Este Sínodo se ha preparado cuando se ha ido reflexionando y compartiendo sobre grandes temas como el de la liberación, la comunión, la solidaridad, la inculturación y de una u otra forma se han dado pequeños pasos para reducir o bajar las fronteras políticas, culturales, religiosas, económicas y ha surgido el Mercosur, el Nafta...

El Papa habrá *suspechado*, sin duda, que la convocatoria ha podido causar sorpresa y la preparación inmediata y la realización pueden ser *difíciles* ya que todavía hay poca reflexión seria que ponga de relieve lo que ya es común y puede reunir a estos pueblos; hay gran distancia entre la gente del Norte y la del Sur y está aún poco pensado cómo se puede acortar esta distancia. *Más aún, es «enorme la desigualdad entre el Norte y el Sur» (Juan Pablo II, TMA, 30).* La posibilidad de superar esta desigualdad y de hacer lo diferente complementario es escasa o al menos muy costosa. *Dar un paso significativo en la elaboración de la reflexión y de unas propuestas comunes será muy exigente a no ser que sean pocas o se queden en generalidades.* El esfuerzo misionero inicial en el Norte y en el Sur fue bastante distinto desde un comienzo y se refleja aún hoy día cuando se asiste a una celebración de la eucaristía en Boston o en Buenos Aires o cuando se participa en un trabajo pastoral en Quebec o en Fortaleza. ¿Cómo llegar a caminar en una misma dirección? ¿Cómo tener un verdadero lenguaje «americano» y un lenguaje que se sienta que desde América viene y a toda América llega?

Pero el Papa *confía*, sin ninguna duda, que *sea posible*. Que sea posible elaborar un discurso que nazca de las inquietudes de una parte o de la otra, que proceda del Norte o del Sur pero que sirva a todos. Que se hagan algunas

propuestas, pocas, que acerquen más a estos pueblos y a estas iglesias. Que se cree un espíritu tal que se reconozca y afirme e incremente la interacción. Que el Norte esté más cerca del Sur, que los cristianos ayuden al mayor intercambio y que estén dispuestos a apoyar un proyecto de una América unida, generosa y solidaria; que el encuentro entre los pueblos sea en la fe, la justicia, las culturas y las religiones. Por ello, espera que se traten «todos los temas y asuntos que afecten a todo el Continente Americano» (*Lineamenta* introducción) y que se produzca un impacto positivo en el dominio de la política, la economía, la moral y la fe y que ese impacto llegue a las personas, las familias, los institutos religiosos, las instituciones y las naciones. Confía, también, en que este mensaje americano se escuche en la Iglesia universal y lleve testimonio de fe, experiencias acertadas en el modo de vivir la vida cristiana y motivación para entregarse al servicio de todos.

Por ahora se sabe poco de este Sínodo. Se sabe que da comienzo el 16 de noviembre y termina el 12 de diciembre, fiesta de la Virgen de Guadalupe, patrona de América (2). *Una vez más, es poco el tiempo de preparación y es mucha la reflexión nueva que se necesita.* Falta un discurso y modo de pensar que produzca el mensaje que sirva indistintamente a los creyentes y a los hombres y mujeres de toda América; ¿cómo se habla a toda América? ¿Cuál es el método para elaborar ese discurso? Los días de preparación son pocos para, también, hacer bajar los grandes temas anunciados—conversión, comunión y solidaridad— a lo concreto e intuir de qué va la discusión.

II. Las grandes preguntas sobre el Sínodo de América

EN estos meses previos al Sínodo somos varios los que nos hacemos algunas grandes preguntas sobre él. Puede ser que al leer el mensaje final o el Documento publicado por el Papa encuentre-

(2) De todas formas será un acontecimiento importante que se convertirá en sí mismo en mensaje para todos los americanos y para la Iglesia entera. Los temas que preocupan saldrán, de una u otra forma, en la reflexión o en la discusión; la oración por América será especialmente intensa en esos días en el conjunto de la Iglesia; aumentará el conocimiento entre los responsables de las Iglesias de América; se llegará a decidir la realización de acciones concretas y comunes.

mos la respuesta adecuada. Para que así ocurra ofrecemos algunas «insinuaciones».

1. *¿Cómo hablar a toda América?*

EL acento y la novedad se debe poner en el habar a todos. Algunos creen que no hay temas comunes entre las Américas y otros piensan que son muy diferentes los intereses. No faltan los que dicen que hay que dar con el método que permita articular un discurso que lo escuchen y lo sigan todos. Ese método ayudaría, por ejemplo, a hablar de la pobreza para todos ya que es de suponer que la pobreza es un tema que a todos interesa. Puede ser que el simple método de destacar la interrelación de la causa y el efecto ayude a explicar las realidades comunes. No hay duda que América Latina sufre con más fuerza los efectos de la pobreza y se puede entender fácilmente que América del Norte está en la causa de esa misma pobreza del Sur. Puede ser parte del método el acertar a situar los desafíos propios del Continente en una perspectiva más amplia. No puede dejar de afirmar que para disminuir la pobreza en uno de estos países de América hay que analizar la conexión real de su pobreza con el resto de los países americanos y con todo el mundo.

El método que se elija debería permitir recoger las grandes aspiraciones compartidas por los habitantes de este inmenso Continente. ¿Habrà que quedarse a medio camino y aceptar que la formulación de los problemas sea la misma pero las soluciones distintas?

2. *¿Qué decir a todos los americanos?*

HABRÁ que decir lo que es de interés para ellos y, lo más importante, para los habitantes y los católicos de este Continente. Les puede interesar saber lo que significa vivir la fe en América y lo que significa para América la presencia de 490 millones de católicos; saber qué es lo que les une y qué es lo que les separa y qué es lo que les reúne y convoca. No hay duda que el tema de la producción y del consumo puede interesar a todos y todos lo estudien desde la misma perspectiva. No hay duda, tampoco, que la realidad de la liberación es también un tema común (*Lineamenta* 52) como lo es el de la inculturación. En el Norte y en el Sur se quiere vivir la fe, pero no se vive del mismo modo en un contexto de socie-

dad de consumo que un contexto de sociedad de escasez. No está mal recordar que aquí también se trata de una gran historia por construir juntos. *Importante sería acertar en «el» tema que toca tratar; el que sugieren los signos de los tiempos. En América Latina, hasta ahora, el proceso de reflexión y de vida cristiana del último período se explica bien si pensamos en la realidad de la liberación, la comunión y la inculturación; pero en ella y también en Norteamérica se precisa pensar en el paso siguiente si queremos avanzar en la realidad de la nueva evangelización.*

3. ¿Quién habla a toda América?

HABLA bien quien antes ha escuchado. Eso hace la Iglesia que sabe que tiene una importante función que cumplir en las transformaciones que se están dando en la sociedad americana (3). Su preocupación principal es de orden ético y religioso; por ello su palabra será en diálogo con la búsqueda del bien y de la felicidad del pueblo americano. Lo que digan dejará claro lo que son: una buena mezcla de teólogos, pastores y hombres del espíritu, mezcla realizada en sintonía de fe con Jesucristo vivo y resucitado. *Su mensaje se escuchará si se colocan en la tensión entre mística y solidaridad histórica con estos pueblos.*

Habla el Sínodo de América en nombre de esa Iglesia; es decir, el Papa y los obispos de América. No hablan técnicos sino pastores que quieren y deben impulsar una nueva misión en el Hemisferio (Puebla 15 y 17). Para ello van a hablar, escribir y tomar una posición. *No hablan como pastores de su diócesis sino como americanos. Ellos van a mirar el lugar de donde vienen y el rebaño que pastorean y desde ahí van a armar un discurso que sirva al conjunto del Continente y van a mover a la acción que lo transforme.* Así conseguirán, aunque sólo hasta cierto punto, que este sínodo sea un Sínodo del Pueblo de Dios. Los Sinodales saben que pueden llamar a la acción y es urgente hacerlo; saben también lo importante que es el tono con el que se habla; se necesita claridad y coraje. Esta suerte de discurso que parte de lo concreto y llega a todos los pueblos e Iglesias de América no está hecho todavía; además se es consciente de que no se improvisa ya que surge del pueblo. Las palabras esperadas deben ser precisas y atinadas y referirse explícitamente a

(3) Ante la realidad cultural, religiosa y sociopolítica actual a la Iglesia le corresponde comprender esa realidad, alertar sobre el sentido y la orientación que toman los hechos y los acontecimientos, proponer y convencer de las propuestas, que siempre partirán del evangelio, y resistir ante aquello que hace mal o lleva al mal.

América. Es un Sínodo de la Iglesia universal pero para una Región, la americana.

4. *¿A quién se habla?*

SE habla para todos los pueblos e Iglesias de América. Por ello el lenguaje tiene que ser «americano»; hay palabras que no pueden faltar. La más repetida debe ser Jesucristo, muerto en la sangre derramada de muchos mártires y resucitado en la esperanza de la gente sencilla. De Jesús se debe hacer un nuevo anuncio a América a partir de su presencia y acción en el pasado y en el presente en este Continente. «Con nosotros está». María, por su influencia de mujer, de creyente y de madre despierta los sentimientos filiales y fraternos de los habitantes del Continente. No pueden estar ausentes las palabras como esperanza, reconciliación, misericordia, justicia, solidaridad, verdad...

Los que más necesitan de las palabras y de las acciones del Síndoo son los que más sufren, los *excluidos del Continente; los que están fuera de la «casa» y a lo más se atreven a llamar a la puerta*. Ellos no tendrían que tener necesidad de traductor para entender a la primera lo que allí se diga. Para que los pobres entiendan lo que se escriba debe sonar a evangelio puro. No faltarán las palabras de denuncia para los que las necesitan. Para los que le conviene y necesitan ser derribados de sus tronos. Esta denuncia será un servicio fraterno.

5. *¿Por qué se habla?*

DESDE luego que se suele hablar cuando se tiene algo que decir y algo importante que permite dar el paso siguiente en nuestro caminar y así avanzar. Después de la propuesta de liberación, comunión y solidaridad, inculturación e inserción, ¿qué decir a los creyentes de América del Norte, del Caribe y de América Latina? Para algunos, el nuevo mensaje iría en la línea del compromiso con aquello que termina con *la exclusión y que reafirma la solidaridad*. La experiencia de exclusión en el Continente es fuerte; queda excluido el país pequeño en el conjunto del Continente, queda excluida la economía fragmentada y pequeña en relación con el orden mundial; queda excluida la comunidad, el grupo para dar paso a la institución y la gran organización; queda excluida la alternativa presentada

por el pequeño frente a la propuesta que nos llega del grande hecha a escala mundial y con perspectiva internacional; queda excluido el joven por haber lugar para pocos en la escuela y queda excluido el hombre maduro del trabajo ya que se busca el que cuesta menos... En la economía de mercado y de consumo hay lugar para pocos; muchos tienen que desaparecer, irse o transformarse en algo que sea menos que hombre; «hacerse insignificantes». En política no hay lugar para los movimientos populares y se debilitan las fuerzas de los grupos democráticos; estamos ante un poder nuevo supranacional que no deja espacio a los poderes pequeños y locales. En cultura se puede afirmar que se terminó el tiempo de los grandes «relatos» que incluían a todos y se entró en los relatos «egoístas»; intimistas, especializados y exclusivistas; que todo lo asumirá y absorberá «la adveniente cultura universal». En antropología queda excluido el factor humano que se olvida o se transforma para dejar paso a lo que es más que humano o lo que es menos que humano. Un hecho muy concreto nos lo confirma: la mano de obra humana es cada vez menos necesitada. A la fe se la ha excluido de la realidad social, política y económica. Éstas son autónomas. La religión y otras muchas cosas pasan a la esfera de lo privado. La mujer ha sido excluida del proyecto humano o al menos de la gestión de ese proyecto. Los indígenas o grupos reducidos han sido aislados por las culturas fuertes. La religión, la teología y la voz de la Iglesia han perdido espacio y han sido excluidas del conjunto de las palabras últimas o importantes. *La gente se contenta con algo que es menos que la fe, la justicia, la solidaridad... Ello hace urgente que se trabaje por la integración a todos los niveles de la vida de la Iglesia y de la sociedad.*

Todos estos hechos nos llevan a afirmar que ha llegado el momento de proclamar proféticamente que en este Continente ninguno está excluido de la mesa de la fe, del pan, la salud, la educación, el trabajo, la naturaleza... La exclusión es el objetivo buscado por el neoliberalismo económico, cultural y político; y con la exclusión llega la desigualdad, la miseria, la violencia y la corrupción (DSD núm. 178-179) ya que de una u otra forma el neoliberalismo afirma que para que haya ricos tiene que haber pobres.

Sin embargo, desde la doctrina social de la Iglesia podemos repetir que si la solidaridad y la justa distribución no acompañan a la producción no habrá real progreso sino retroceso. Habrá más pobreza ya que se nos lleva a una miseria institucional. Se acumulará la riqueza y se multiplicarán los pobres. A su vez, es algo que también tiene que entender la Iglesia y la vida religiosa, y los creyentes serán invitados a conocer y tomar conciencia de la fundamental dimensión inhumana del neoliberalismo. Ello llevará a reformular y reafirmar la opción por los pobres y la centralidad teológica y ecle-

sial de esta opción. «La Iglesia de todos es, de manera especial, la Iglesia de los pobres» (Juan XXIII, Disc. 11-IX-1962). Por ese camino se profundizará el tema de la inculturación que en el fondo es un modo de insertarse en las culturas y la vida de los pueblos y de encarnarse y meterse en el diario vivir para que éstas no queden excluidas.

La fragmentación o la ruptura son fenómenos que producen la exclusión; el mundo americano es un mundo «en pedazos»; el todo se reduce con mucha facilidad a las partes y después se le hace desaparecer (*Lineamenta* 27). De la reducción se parte para terminar en la negación y en la exclusión. No se acierta a tramar bien los diferentes elementos y se llega a eliminarlos. A veces se pasa por la abstracción o la generalización que es otro modo de salirse de la realidad. *Se necesita el pensamiento inclusivo y la acción inclusiva*. Importa que se logre esta gran exigencia a las dimensiones más diversas de vida cristiana. Este fenómeno humano, social, cultural y económico deberá estar muy presente en los trabajos del Sínodo y orientar su labor, y ello por varias razones. *Se necesita, sobre todo, saber decir que la clave a partir de la cual se arma la historia y la comunidad del Continente americano y del mundo entero es Jesús*. Sólo poniendo la persona de Jesús en el centro (4) se termina bien con la exclusión y para ello el Sínodo debe cumplir su tarea:

* *Es necesario en el Sínodo elaborar un proyecto de Iglesia y de sociedad en el que quepa todo el mundo que quiere y busca creer en Jesucristo*. Para ello la Iglesia tiene que aprender a ser el alma del mundo y no menos que eso y a sintonizar bien con el mundo. No es posible entrar y asumir una nueva cultura o período cultural sin una simpatía básica hacia ella y sin una espiritualidad que nos ayude a entroncar con ella (5). La fe tiene en el Continente una oportunidad única porque está en profunda sintonía con lo que el hombre es en realidad y con su deseo inextinguible de Dios y de lo infinito. La fe cristiana seguirá encontrando a la persona humana; la tarea del creyente será servir al mundo y hacerlo con todo el corazón y con toda la inteligencia.

(4) Esta centralidad de Cristo podría dar lugar a un esquema un poco diverso del propuesto por *Lineamenta*: en una primera parte presentar a Cristo vivo como comienzo y fin de todo lo que pasa en América; en un segundo momento se podría describir lo que dificulta en América para que Cristo sea el corazón de la vida cultural, social, económica, moral, religiosa... En una tercera parte se describiría y propondría a la Iglesia que testimoniaría que Cristo es el centro.

(5) De hecho se da una gran distancia y a veces desencuentro entre el anuncio eclesial del evangelio y las sensibilidades culturales actuales.

* Se debe *acentuar la comunión y la interdependencia de los pueblos de América*. La Iglesia puede ser un instrumento de acercamiento y de interacción. Está llamada a levantar la voz cuando en esta relación de países hermanos predomina la desigualdad, la prepotencia; a proponer la comunión que en nada se parece a la uniformidad, ya que la comunión se hace de la diversidad, y a impulsar a suscitar las estructuras políticas y económicas adecuadas para que la solidaridad tome forma. Cuando se mira el hemisferio americano en su conjunto al creyente le surge con urgencia la llamada a la comunión y cuando se mira a los creyentes se intuye que cada día se debe afirmar más y mejor la Eclesiología de una comunión orgánica. Esta gran exigencia pasa por la necesidad de que se termine en algunos lugares la «guerra» y se pacte un modo de convivencia pacífica al interior del país como sería el caso de Colombia; como fruto de esta exigencia se debe facilitar la acogida de las personas, de los productos, de las ideas, de la fe... Se necesita intercambio de pensamiento, de afecto, de dones, de reflexión, de dinero, bienes, de necesidades y apoyos... El desafío dejado por la *Solicitud rei socialis* de cambiar la relación entre el Norte y el Sur es urgente. Es una relación marcada, casi siempre, por los intereses y la fuerza. El Sínodo de América está llamado a relanzar la sensibilidad y, en algunos casos, la acción ecuménica y motivar para que se vea que el ecumenismo ante todo es una actitud y un nuevo modo de ser cristiano.

* La urgencia *de la solidaridad y la justicia; esta urgencia se da en el Sur y en el Norte y entre el Sur y el Norte*. En este sentido se precisa hacer un giro de 180 grados. Si no se cambia de dirección de la economía en boga la injusticia y la violencia interior y exterior será cada vez mayor y los problemas se multiplicarán en el Norte y en el Sur. La historia de este Continente está dejando una lección clara: donde hay pobreza extrema no se puede vivir en paz.

* *El camino de fe que en el Norte y en el Sur necesita reorientación y apoyo mutuo. La nueva evangelización conviene que sea una obra conjunta y un proyecto común* (6). A las Iglesias del Continente les hará mucho bien saber cómo se junta cultura y fe, cómo la fe pide la justicia, cómo se encuentran rastros de esa fe ya en el pasado lejano de estos pueblos, cómo no puede haber un diálogo interreligioso sin la convicción de la fe personal, sin valorar las culturas

(6) No se puede desaprovechar el momento de gracia que será este encuentro de representantes de las Iglesias del Norte, del Sur y del Centro de América reunidos para rezar y reflexionar, compartir y discutir, analizar y proyectar; puede ser, también, la ocasión propicia para ahondar de manera significativa las relaciones mutuas entre personas responsables del caminar de fe de todo el Continente.

y sin interesarse por la justicia. A estas Iglesias les ayudará a saber cómo debe ser la auténtica relación con las sectas, las otras religiones y confesiones en el contexto cada vez más intercultural e interreligioso que nos toca vivir. Un aviso importante que nos llega de la realidad religiosa del Continente es que se encamina a dejar de ser mayoritariamente católico.

* *Este Continente necesita mirar al resto del mundo y el resto del mundo a él. No le basta con solucionar «sus» problemas.* Más aún, no los va a solucionar ni solucionar bien si no lo hace con los demás. Además, tiene que acostumbrarse a dar. A dar eclesialmente; y, como Puebla recordó, a dar de su propia pobreza. Este Sínodo debe repetir una llamada fuerte a la misión *ad gentes*. Necesita, también, potenciar los centros de vitalidad apostólica y misionera que se encuentran en el mismo Continente. Misioneros vinieron a las Américas a transmitir y reforzar la fe y misioneros deben partir de las Américas para comunicar la fe a otros (DSD 295).

* *El dinamismo peculiar sembrado por el Vaticano II, sobre todo en el aspecto de espiritualidad y de misión no hay quien lo pare. Ha llegado el tiempo de alentar una generación renovada, y a tono con la nueva misión para el Continente, de obispos, conductores de pueblos, laicos, animadores sociales y espirituales, religiosos y religiosas que sean capaces de responder con fidelidad creativa a las tendencias y desafíos del mundo real que está delante de nosotros; que mantengan viva la utopía y al mismo tiempo se juegen la vida por el anuncio de un evangelio que anima y sostiene en la esperanza.* Este objetivo sólo se conseguirá si se llega a compartir apoyo y experiencia. A los integrantes de esta generación no les debe faltar la audacia y la lucidez.

III. América, abre tu corazón a Cristo

PARA todo esto se necesita acortar distancias, superar obstáculos, construir puentes y pasar de una orilla a la otra y terminar por hacer desaparecer aquello que inútilmente nos separa. Se necesita que los temas candentes salgan a relucir y se toquen con buen tino (7). Como naciones y pueblos del Hemisferio se precisa saber dónde se

(7) Entre esos temas no dejará de aflorar, sin ninguna duda, la distancia en la manera de vivir la fe en el Continente entre lo que se cree y lo que se practica, la relación Norte-Sur, la profundidad y extensión del problema de la pobreza, la realidad de la marginación en sus expresiones las más diversas, la identidad cristiana y la centralidad de Jesucristo en nuestras vidas y en las vidas de los pueblos, el diálogo interreligioso y ecuménico, el reencuentro con el evangelio, el peligro del racismo, la supervivencia de las culturas populares e indígenas...

está, dónde se ha estado en esta mutua interacción y a dónde se quiere llegar. En América, como en todo el mundo, se debe reconocer que se ha producido un nuevo consenso en la gente en torno a determinados valores evangélicos: rechazo de la violencia y de la guerra, respeto por la persona humana y los derechos humanos; el deseo de libertad, de justicia y de hermandad, la superación de las diferentes formas de racismo y de nacionalismo, la afirmación de la dignidad y de la función de la mujer (RM 86). Pero el Sínodo puede ser una buena ocasión para que, en la Iglesia de una parte, y de otra en la sociedad, se organicen y se junten fuerzas para que se pase del consenso a la acción y para que las realizaciones en el campo de la solidaridad se noten. En estos aspectos y en otros se puede haber mejorado un poco pero las condiciones en las que se desarrolla la misión son difíciles; el mundo sigue muy polarizado y sobre todo el que separa a los ricos de los pobres y a los creyentes de los que no lo son.

Todo esto se puede convertir en *el anuncio de una alternativa que convoque y que lance a una tarea importante: dar sentido a la existencia humana y vivirla en esperanza*. En esa alternativa contará tanto el valor de un pensamiento relevante, de la gratuidad, el sentido de la austeridad, la necesidad de la solidaridad y la fuerza de la confianza en el Padre como las acciones concretas que contribuyan a crear una comunidad panamericana unida e integrada por los diferentes pueblos del Continente; en ella no faltará la propuesta de transformaciones globales. La credibilidad de la fe cristiana en el Continente pasa a través de la urgencia de la justicia y la solidaridad. Es el lenguaje que se escucha del testimonio de los muchos mártires de los últimos años y del testimonio de vida de muchos confesores y confesoras de la fe y de la caridad.

Quizás sea la Virgen de Guadalupe la que mejor pueda ayudar en este intento de formular una propuesta y un mensaje para todos los pueblos de América. El suyo, en Guadalupe y hace cinco siglos, fue para todos. ¿Cómo conseguir reinterpretar esas palabras, esa presencia y esa acción universal de María ahora? El Sínodo puede llegar a ser una ocasión privilegiada para leer en el rostro de María de Guadalupe, patrona de todos los pueblos fieles que caminan por América, las exigencias de la conversión, comunión y solidaridad y para escuchar con especial atención: «*América, abre tu corazón a Cristo*» (*Lineamenta* 67) y, en fin, para responder a esta llamada maternal.